

MOLINA DE SEGURA EN LOS AÑOS 40 DEL SIGLO PASADO

Antonio de los Reyes

La panorámica general nos indica que Molina, como el resto de España, estaba sufriendo una posguerra dura, llena de dificultades, provocadas tanto desde la misma Nación como por la presión mundial que partía de la II Guerra Mundial y llegaba a la recién creada ONU, establecida en este mismo año, aislándonos del comercio y la reconstrucción de la Europa nueva. Sin embargo no se perdieron las ilusiones puestas por los molinenses en una economía moderna basada, precisamente, en los productos locales. Fueron dos situaciones políticas diferenciadoras que en Molina tuvieron interpretaciones paralelas.

A la situación lastimosa: pobreza, ruina de las cosechas, falta de abonos y sequías, necesidad de capital y de materias primas para las industrias (carencia de hojalata y azúcar), urbanismo primitivo, restauración de ornamentos religiosos, lamentable situación de fondos municipales... Molina puso una fuerte resistencia e intentó, y consiguió, seguir hacia adelante, en una reactivación vital que la ha conducido al esplendor de la Molina de hoy. La acusada falta de preparación en el nuevo empresario, que tan sólo se basaba en su impulso, pero al que no le faltaba la suficiente osadía, reclamaba la necesidad profesional y cultural de sus gentes. En ello estaba la persistente creación de escuelas públicas, *La escuela Politécnica de Molina*, la *Academia Lope de Vega*, las clases más o menos rudimentarias pero preparatorias para lo que se avecinaba... y la visita de religiosos y religiosas a la búsqueda de vocaciones que, fallidas, devolverían con una preparación cultural suficiente y necesaria.

Intentaré explicar lo que supuso el singular esfuerzo realizado por los molinenses para conseguir mejorar su situación vital y local. Esfuerzo, hay que decirlo, que

todavía no se ha dado por concluido. Verdad es que entonces y en muchos casos, no sabían bien a donde iban, pero que *sonaban* a prosperidad.

Dominada por los cupones del racionamiento (pan, tabaco para los hombres a partir de los 15 años, con ella se estraperleaba...) que no subsanaba el hambre que venía desde principios de siglo, obligaban a una nutrición vegetariana (cebollas, pimientos, tomates, pepinos, judías, berenjenas...) gracias a una huerta que no encontraba suficiente salida a sus productos pese a la supervivencia del pimiento para pimentón, los almajales, el trigo, la cebada, la cebolla, la alfalfa y el tomate, sin olvidar, la conserva, el melocotón y el albaricoque. Frente a ello el corral en las casas, la huerta para las patatas, el panizo para el pan, el estraperlo... Para entonces eran notables y abundantes los orejones, puestos a secar en las eras, donde hoy el colegio de las monjitas. Suplían la falta de azúcar para almíbares y de hojalata para los envases. Después llegaba el peligroso (las lluvias) secado de los pimientos en el mismo sitio.

El crecimiento de los habitantes de Molina fue prácticamente nulo en los primeros treinta años del siglo XX, y no mayor el de años cuarenta. Apunta Antonio Abellán García, en *Evolución demográfica de Molina de Segura*, para 1940 una población de 13.721 habitantes, y para cinco años después 14.550, con un crecimiento vegetativo de 166 vecinos anuales. Más en el quinquenio siguiente (46-50) fue solamente de 27. Sin embargo la diferencia entre nacimientos y defunciones en 1946 creció en más 244, lo que provoca una salida de Molina de 217 personas en ese año. El análisis señala que la emigración en busca de trabajo, en la primera estadística se contiene y en la segunda vuelve a tomar la

fuerza de los años 20 y 30. Ahora el centro de emigración era Barcelona entre los campesinos y modestos huertanos. La aparición de la incipiente industria no hace mella. Habrá que esperar. Las *forasteras* no llegarán hasta los 60, cuando la industria conservera se consolide y necesite manos de obra femenina. La masculina continuará con sus salidas a Barcelona, la vendimia francesa y a trabajos temporeros en Alemania.

Los que formaban el gobierno local en estos años, fueron los mismos o muy próximos parientes, a los anteriores al conflicto guerrero, a la institución de la República y a la dictadura de Primo de Rivera donde ellos también estaban. Aprovecharon cada uno de los momentos afirmando su falsa participación en la situación política del momento. Pues en uno y otro, los Vicente, Funes, Espallardo, Gil, Franco, Moreno... eran los mismos en los mismos puestos. Quedan fuera los años de enfrentamiento militar cuya ideología distaba mucho de lo que representaba Molina en sus tradicionales costumbres, aunque hay que tener presente que alguno de los participantes había tenido experiencias en concejos anteriores. Por eso esos años necesitan una narración diferente.

Destaca la uniformidad en la vida cotidiana basada en dos fundamentos que han hecho que la singularidad molinense se diferencie de las localidades de su alrededor durante siglos: la religiosidad, y el tradicionalismo. Y éste, no desde la versión política, sino de las costumbres.

El análisis de los dos casos lo he dejado bien explicado en los libros y documentos aportados que hablan de Molina desde el siglo XIII hasta nuestros días. Y que son, a su vez, orgullo y satisfacción popular. A lo largo del trabajo habrá ocasión suficiente para demostrar no solo la vigencia, sino el arraigo profundo.

La tradición, basada en una repetitiva vida agrícola, dominada por el coloniaje, alejada del deseo de adquirir la propiedad



y ésta en manos abusivamente forasteras; la difícil modernización de la huerta y sus riegos y un casi olvido total de las áridas tierras de secano; la profunda formación religiosa y el respeto hacia sus ritos; las fuertes relaciones interfamiliares; la personalización de la influencia ajena desde mediados del siglo XVII que primero singularizaron los jesuitas y las diversas órdenes religiosas y después, tras la

desamortización, los dueños de la llamada Casa y sus administradores; la sucesión de apellidos y la multiplicación de ellos ocupando puestos políticos ya fuese la monarquía, la república, la dictadura o la democracia.

Esta situación venía de lejos. Siempre a las órdenes del cacicón de turno que contaba a su vez con hábiles caciquillos locales y servidumbre fiel. En los años cuarenta, Agustín Virgili, heredero de la posición política y administrativa de su padre con todas las consecuencias y beneficios, encumbrado en la alcaldía de Murcia, y mandando y gobernando en la falange provincial y en la vida molinense, es ejemplo notable.

Sin embargo, algunos molinenses tenían otros pensamientos alejados de la acción política y en ocasiones usándola para las mejoras necesarias.

LA VIVIENDA

En aquellos años Molina era un pueblo rural, huertano diría mejor. Edificios de una planta, siendo la excepción los de dos o más pisos. Calles de tierra...

Las casas en 1946 eran tan antiguas como la misma población pues su estructura no varió en siglos. Equivalentes a las de la huerta aun estando ubicadas en las calles principales. Así las describe el *Catastro de 1755*^[1] y ya entonces se consideraban de *tiempo inmemorial*. Los edificios nuevos vendrán después, cuando Molina encumbra su economía y el metro cuadrado de suelo invite a elevar las estructuras y a reducir el espacio útil familiar. Pero para ello hemos de hablar del desarrollo económico y sus consecuencias, que queda para otro trabajo.



Reunión de amigos en la puerta de la vivienda "tomando el fresco", por la noche.

En la fachada: la puerta de entrada, con sus contrapuertas de cristal, que daba al comedor-estar; el portón para el carro, las bestias y la cabra, y las ventanas a derecha e izquierda para las habitaciones.

A derecha e izquierda de la entrada principal los dormitorios: el del matrimonio y los hijos. A continuación cocina y despensa o, si era necesario, otro dormitorio para las hijas. Corral, con entrada desde la calle por el portón lateral en la fachada, era espacioso para acoger el carro y la caballería. Disponía de galline-

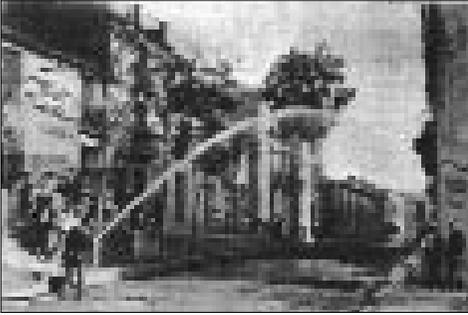
ro (pavos y gallinas con su gallo), conejeras, cochineras (uno, para la matanza anual en enero), pequeña cuadra para la burra o mula y en un rincón el retrete. Sin que faltase la higuera verdal o la parra. Y en las casas de campo el horno frente a la vivienda.

«Juana la Platera tenía un horno en su patio, como los que había en el campo. Los miércoles lo encendía y llamaba a todos los vecinos para cocer pan y hacer bizcochos y magdalenas», cuenta Elvira Benito Lorente^[2].

En el attillo o cámara, con muchas ventananas, rara vez disponía de habitaciones, el palomar (preferentemente en el campo), las andanas de los gusanos de seda, poner al fresco la matanza (jamón, morcillas, longanizas, chorizos, etc.) alguna ristra de ajos y cebollas, guardar la simiente para las cosechas venideras. Los alimentos como huevos, queso, carnes en la llamada fresquera o cajón de mayas metálicas, para la conservación de productos perecederos durante un corto tiempo. Se situaba en el lugar más fresco del patio y a cierta altura para evitar la *visita* de perros, gatos y pájaros^[3].

Y en la cuesta *Arrancapeos*, (Gran Capitán, hoy) las cuevas.

En la entrada, el aljibe que recogía el agua del tejado inducida por canalones o almacenaba la que traían del río o fuentes. Su cabida aproximada era de cincuenta arrobas. Eduardo Linares Lumeras, lo consideró un gran adelanto para los años 40 pues hasta entonces la población se abastecía del río que sabiamente los vecinos recogían en el mes de enero –las aguas más limpias– y dejaban decantarse durante cierto tiempo. La almacenaban en tinajas, normalmente dos situadas en la entrada de la casa con sus tapaderas y tapetes bordados o de ganchillo, que los cubría. La trasportaban desde el río en cántaras que llevaban las bestias, caballería, mula o asno, en las aguaderas o en pipas en carros. En el secano construían grandes depósitos llenándolos del



La manga riega. Molina de Segura 1926.

agua de lluvia de laderas y costeras próximas, con lo que afrontaban las pertinaces sequías. Se depuraban con cal viva. Algunos vecinos debían andar hasta kilómetros para trasportar una carga de agua. En 11 de julio de 1915 se pagaron 700 ptas. por la traída de aguas de la fuente Setenil para el abastecimiento de la población.

Los aguadores recorrían la población acudiendo donde tenían previa cita o los llamaban al pasar. En ello estaban: *El tío Onofre, Borrascas* (no confundir con el carpintero de los años 40, Antonio Fernández Hernández, de calle Sanjurjo) y *Nabillo*. Disponían de carro con cuba o cántaros que vaciaban en las tinajas caseiras. Cada cántaro valía una perra. (Tenían curso legal la *perra chica* y el *perro gordo*). En el barrio de san Roque, ocho o diez familias, se abastecían irónicamente de la llamada *fuentes* del tío Mino, que vendía el agua de su gran aljibe.

Lo vendedores acudían a las fuentes Setenil, Baranca, Chorrico, Barcelonesa y -dice Eduardo Linares- el pozo de Quitapenas.

En el patio, el pozo de agua, cuando se tenía, que, a diferencia del aljibe, dedicaban a la limpieza y otros servicios pues no la consideraban potable.

Los botijos con agua, estratégicamente situados en los rincones más frescos de la casa. Un recuerdo para los del Casino que, por cierto, continuó con su misión hasta bien entrados los años sesenta.

Y lo mejor, el *chambilero* Carlos con su carrito y cubetas de rico helado de vainilla y chocolate, bien en cucuruchos o en galletitas rellenas y los polo de limón. En Torrealta era José López, apodado *El Burro*. Más adelante recorría la pedanía Cayetano Bolaga de Molina.

Los desagües a la calle y los más discretos, al escusado o retrete. Desgraciadamente motivo de más de una infección al mezclarse con las aguas del pozo o aljibe.

En la puerta de algunas casas o en las esquinas de las calles a la búsqueda del fresco en primavera, verano y otoño, gustaban las mujeres sentarse, arrastrando cada una su silla, so pretexto de hacer bolillos, remendar ropa, coger los puntos a las medias con el huevo de madera dentro y dándole a la lengua *cortando trajes* y *remediando* familias, que no las suyas.

Más adelante en ese punto de mira estaban las *forasteras*, trabajadoras de las fábricas que llegaban de otras localidades y traían -según decían- aires modernistas y condenatorios. Más de una al hablar de ellas se santiguaba. Tomaban el velo y el rosario, a la caída de las tarde, o a misa si era de buena mañana, pues habían repicado las nuevas campanas en la iglesia⁽⁴⁾.

Los que tenían cabra para el suministro de leche diario, la daban por las mañanas a *Pepe el de las cabras*, pastor, y éste las devolvía por la tarde soltándola en la esquina de la calle y desde donde dócilmente acudían a su corral. Otros compraban la leche al cabrero que ordeñaba en la misma puerta de la casa. Así ocurría también en Torrealta con el tío Enrique.

La colada semanal, se realizaba en la acequia más próxima, normalmente la Subirana, o en el río, alrededor de la barca de Leandro y la piedra de la Virgen - trampolín para chapuzones-. Solían coincidir varias lavanderas. Antes, los maridos iban a preparar las piedras donde se golpeaba la ropa, y los mozos a ver a las mujeres remangarse cuando habían de adentrarse en el agua o simplemente, decidían bañarse, apetecible en los meses calurosos.

Incuestionablemente con sus visos o combinaciones puestos. Los hombres lo hacían por la tarde-noche con ausencias femeninas. Los niños que acompañaban a las madres mientras mojaban la ropa, se bañaban desnudos.

LOS MOLINEROS

De los habitantes de Molina he de seguir, en parte, el trabajo de Eduardo Linares Lumeras, inédito y cedido por su hijo Maximino: *Topografía médica de Molina de Segura*. Valiosísimo por su conocimiento de la población y sus enfermedades, en razón de su profesión médica: «En general, sus habitantes son de costumbres casi patriarcales, laboriosos, hospitalarios y fervientes cristianos. Su principal riqueza está constituida por los productos agrícolas, aunque no falta una considerable industria de pimentón y conservas vegetales».

«Se ha de partir de la base de que se trata de una población que en una gran parte arrastra una vida precaria, pendiente de un jornal eventual, o cultivando una mínima parcela de tierra, de rendimiento insuficiente para llenar con desahogo las necesidades de una familia, muchas veces numerosa. De modo que, descontando unos cuantos vecinos acomodados cuyos medios les permiten satisfacer con largueza esta necesidad, el resto la satisface de un modo insuficiente, utilizando los escasos productos cosechados por ellos mismos. Y como en su labor diaria desarrollan una actividad física intensa, da por resultado el natural desgaste prematuro con todas sus consecuencias».

En Molina por aquellos años, las familias eran numerosas sobrepasando frecuentemente los diez hijos. Por ejemplo, Juan Escuelas (Juan Ruiz Gómez) tuvo 17 hermanos. Era costumbre extendida que cuando fallecía, pronto, un hijo su nombre era puesto al primero que naciera del matrimonio. Así ocurrió con tres de sus hermanos.

Mas adelante considera que una de estas consecuencias ha llevado a una ingesta de vino en cantidad considerable buscando las energías que faltan en la alimentación. Nos aclara: «Y la causa de obsequiar con la merienda a los trabajadores durante la jornada, más que a móviles puramente filantrópicos, responde al aumento de rendimiento que ello produce. Si alguna vez se ha querido suprimir esta costumbre, bonificando en los jornales el importe de la merienda, pronto se ha vuelto a restablecer, por el interés de los patronos y con aplauso de los obreros...»

Los molinenses son «...madrugadores, activos, y más que todo, fieles cumplidores del deber, inician sus labores con el día y las abandonan a postura de sol, aunque algunas de ellas (se refiere claramente a los riegos en la huerta) sean necesario practicarlas durante la noche...».

Hay un recuerdo para los trabajadores de la huerta que tienen lejos sus parcelas y han de pasar el día en ellas. La mujer le acerca la comida al medio día, y cuando no, él mismo lleva su tartera. Apunta que



en las jornadas larga del verano y ante el calor, solían hacer un descanso de algunas horas en el centro el día –entonces eran las doce de sol, hoy las dos de la tarde– que le permitían volver a casa, descansar y regresar.

A ciertas horas del día los monos de faena de los trabajadores de los molinos pimentoneros disgustaban a los bedeles del Casino que deseaban aplicar las órdenes de que con esas indumentarias ni a la barra se podía pasar por muy socios que fueren.

En las mozas la permanente, los rulos durante la semana, el delantal, las blusas y vestidos con mangas hasta los puños y cuellos cerrados, faldas –refajo– hasta la media pantorrilla, medias, más o menos gruesas según el tiempo: seda en verano, género de punto en invierno. Su color solía ser marrón excepto en los lutos. Raramente zapatos y la alpargata, no en balde Molina tenía afamados alpargateros.

José Sandoval describe en el programa de Fiestas de 1946 a la moza fiestera: «...va con su vestido de huertana, estrenado ex profeso para la Fiesta; sus zapatos tanques, hecha la permanente a maravilla, la boquita de fresa, oliendo a jazmines negros, igual que una señorita de Madrid. Va dispuesta a pasear por la *barraca* y por la verbena y a montarse en la rueda de los caballitos y en... el *carrusel*».

Y para el Bando de la Huerta recordaba Gregorio Miñano en el programa de 1952: «Aquellas mozas coloradas que con refajos chillones se pavoneaban encima de las carretas, adornada con verde de la huerta y lanzaban serpentinas por doquier, se han transformado en madres modernas influenciadas por sus hijas».

Como distracción los Coros y Danzas para parrandas, jotas, boleros y el *Carra-cachá*.

Esto no sirve para *los señoritos* de blancos puños y cuello duro en su camisa de popelín, corbata, calcetines de seda, americana, zapatos de moda y perfumado

como un marqués... porque además presume de Tarzán y disponen de aperitivo en el café-bar *El Plata*, en la calle José Antonio al lado de la hoy farmacia. Ya estaba y ahí continúa, la parada de *La Alsina*, que si mal no recuerdo tenía la oficina en la plaza del teatro, y un poco más allá *El Progreso*, *Mi Bar de Ginés* «lo peor en cerveza, café y licores», en la calle Bailén «Para beber con salero visite Vd. El Tinajero».

Continúa Sandoval: «Observa que caras de satisfacción tienen los baristas, confiteros, tenderos, taberneros y todos los que trafican algo estos días... Mira a los golosos, a los comilones, a los bebedores cómo gozan y cómo les agrada la alcahuetaría de la fiesta...»

Menos cara de satisfacción se le ponía a los paseantes por el *túnel y barraca* los días de lluvias y chispeos, al recibir los goterones de los papelillos en sus flamantes trajes limpios o nuevos.

NOTAS

1. Verlo en mi *Las "cuentas" de Molina de Segura a mediados del siglo XVIII*. Col Pliego. Molina 2007.
2. *Mi vida contada a mis nietos*. Concejalía de Cultura. Molina 2006. Fue la primera funcionaria municipal desde 1939 hasta su jubilación. Al presente regenta el despacho de lotería que fue de su madre.
3. Para estas costumbres ver: «Jóvenes investigadores» en revista *Setenil* núm. 3 págs. 111-120. Molina 2001.
4. Exagera un tanto Salvador García Aguilar en su libro *La flauta hay que tocarla siempre*, al decir: «Así, deambulaba Jeremías por las calles con sus amigos escuchando los comentarios e invocaciones de las beatas, de hinojos y jaculatorias, conminando a cuantos pasaban para que se arrepintiesen mientras era tiempo».